

columna se había puesto en marcha. Las fieras habían dado el alerta. La columna, con igual orden que en la mañana, se movía silenciosamente, avanzando por el mismo camino. La artillería y los furgones no causaban ruido alguno, los soldados no hablaban, parecía una procesión de fantasmas.

El comandante Bujanos dió orden de incendiar el monte y proseguir la defensa.

Los tizones de las fogatas comunicaron el fuego á los pastales de las laderas y á algunos árboles, y minutos después veíase á la columna francesa aprovechar aquella luz para romper sus fuegos sobre nuestros soldados.

Las piedras gigantescas comenzaron nuevamente á caer y á despedazar la columna.

La garganta de la Sierra estaba perfectamente iluminada y durante algún tiempo pudo observarse á la columna Douay avanzar con perfecto orden tratando de conquistar el paso. Los peñascos arrancados de su centro de gravedad por las palancas de nuestros soldados llovían sobre el fondo del barranco. Los soldados franceses caían aplastados como por bombas de á placa. A las dos ó tres horas de aquel combate la columna francesa se replegaba en desorden á su campamento, por segunda vez, dejando el piso de *La Boca del Abra* cubierto de cadáveres y de heridos espantosamente mutilados.

Nuestros soldados ocupaban sus posiciones, esperaban que al amanecer oirían el toque de parlamento.

El toque de parlamento fué el fuego del cañón.

+ + +

Durante la noche los franceses habían colocado en posición las piezas y aprovechando la luz de nuestras fogatas, habían fijado sus punterías. Cuando el sol se levantaba sobre el horizonte formado por montañas, las granadas caían sobre nuestros soldados, envolviéndolos entre nubecillas de humo. El fuego del cañón imitaba una salva de artillería que se ejecutase en una plaza. Las granadas caían en nuestras posiciones con matemática precisión y regularidad. Los soldados se ocultaban entre los árboles ó bajo los peñascos; pero sin desalentarse, y replicaban al fuego de cañón con fuego de fusilería hecho sobre los artilleros. La mayor parte de ellos eran buenos tiradores, habían antes cazado fieras y por el momento cazaban hombres.

Los franceses no economizaban sus municiones y las granadas llovían incensantemente sobre nosotros, tratando de hacernos desalojar, pues estaban convencidos que de otro modo el paso era imposible; pero las granadas causaban poco efecto, resguardados y fortificados como lo estábamos por la naturaleza. Los peñascos y los árboles no eran combatientes pero eran defensores, supuesto que nos resguardaban; después volverían á transformarse en mortíferos proyectiles.

Por tercera vez, y protegida por el fuego de cañón, la columna francesa se lanzó á paso veloz por la garganta de la Sierra. Las granadas francesas coronaban la frente de nuestras vírgenes montañas.

Nuestros soldados volvieron con igual bravura al combate: nuestras piedras arrancadas de sus alveolos rodaban al precipicio y arrastraban de los flancos de las montañas otras más gruesas y de mayor peso: los árboles eran trozados como débiles varas, oíase rugir á la madera despedazada, como se oían también los ayes de los heridos y los gritos de los combatientes; la columna francesa hacía fuego por mitades y avanzaba á paso de carga produciendo confusos rumores; sobre todos aquellos ruidos, y dominándolos, oíase tronar el cañón y el estampido incesante de las granadas.

La mañana estaba clara, luminosa, apacible y serena: no había más nube que empañase el azul de los cielos que la nubecilla formada por el humo de la batalla y por el humo del incendio, que se había propagado á los pastales de la llanura: el sol iluminaba el magnífico panorama que se extendía ante nuestros ojos hasta la orilla del mar; algunas águilas en busca de las presas que les suministraría el incendio, volaban sobre nuestras cabezas, trazando inmensos círculos; y en el fondo del barranco, los franceses caían aplastados por aquel gigantesco desgajamiento de la montaña.

La columna, compacta unas veces y otras desordenada, proseguía avanzando con grandes pérdidas; nuestros soldados multiplicábanse, multiplicando también los proyectiles; y la explosión de las granadas no cesaba un instante sobre nuestras cabezas. Así se luchó la mañana; y al medio día, la columna francesa que varias veces había logrado contener el desorden de sus filas y rehacerse, se vió obligada á replegarse sobre sí misma y por tercera vez á retroceder.

Una hora después el clarín francés tocaba parlamento para recoger sus heridos.

A la mañana siguiente nuestros clarines tocaban la diana del triunfo.

Los primeros y alegres rayos del sol alumbraban á la columna francesa en retirada. Era el mismo sol de Mayo que ya otra vez había iluminado nuestra victoria.

Las águilas francesas retrocedían ante las águilas nacionales, que orgullosamente se enseñoreaban de la montaña.

A pesar de eso Tamaulipas fué invadido: los mil hombres de la brigada Douay lanzados de Tula sobre el camino de Tampico, habían forzado el paso de otras gargantas de la Sierra; y Méndez, incorporándose á Bujanos, continuó la defensa del Sur del Estado.

Igual al episodio verificado en *La Boca del Abra* hubo otros en distintos puntos del país. Esto lo oímos contar á uno de los más oscuros soldados de la República.

P. C.

